



PARADIGMAS, PAIDEIA Y JUEGOS OLÍMPICOS (*)

Oscar Minkévich,

Maestrando en Metodología de la Investigación Científica y Técnica.

Profesor de Filosofía,

Profesor de Educación Física.

Palabras clave:

educación, Juegos Olímpicos,
paideia, Pierre de Coubertin, olimpismo.

Resumen

Este trabajo intenta mostrar cómo determinados marcos teóricos-metodológicos –denominados paradigmas, *episteme*, campo epistemológico– entretejen el imaginario que guían las prácticas sociales de los sujetos. Se ensaya por otra parte, cómo la influencia de los mismos también la podemos observar en la *paideia* y en los Juegos Olímpicos en tanto prácticas sociales, así como también algunos riesgos que pueden sobrevenir cuando se los desconoce o cuando alguno de ellos se arroga la verdad en forma exclusiva.

".....en la estructura de la visión del mundo siempre se halla contenida una relación interior de la experiencia de la vida con la imagen del mundo, relación de la que se puede derivar siempre un ideal de vida".

W. Dilthey (1)

Hay ciertos términos que por su función no sólo denotativa sino principalmente connotativa, nos permiten acceder y *construir* la realidad por medio del lenguaje en forma más apropiada que otros, facilitan observar y explicar mejor ciertos hechos que ocurren en dicha realidad, lo que no implica sostener, por ello, que tales propiedades nos conduzcan a esclarecerlos necesariamente en forma definitiva. Una cuestión es aclarar un hecho y otra solucionarlo, aunque lo primero actúa siempre como condición de lo segundo.

Uno de esos términos es paradigma, que si bien es empleado usual e insistentemente desde los '60, más precisamente a partir de la obra de T. S. Kuhn: *The Structure of Scientific Revolutions* (1962), el mismo no es desconocido ni relativamente nuevo dentro de la literatura en general y –menos aún– en la filosófica.

Abstract

This work tries to show how determined theoretical-methodological frames –called paradigms, episteme, epistemological field– constitute the theoretical framework that is guided by the social practices of the subjects. On the other hand, we tested how the influence of the same we can also observe in "paideia" and in the Olympic Games as concerns social practices, as well as some risks that can happen when they are unknown or when one of them thinks they possess the truth exclusively.

Platón en su momento empleó *παράδειγμα* (paradigma) en varios sentidos, desde ejemplo, muestra, copia, patrón, hasta modelo. Y cuando recurrió al término 'ejemplo', éste no tenía el sentido de "mero ejemplo", sino el de "ejemplar", esto es, lo que actúa como *modelo de* algo o *para* algo. Su conocida teoría de las ideas ilustra esto último. Las mismas actúan como modelos eternos e inmutables de las cuales lo sensible es sólo partícipe de aquellas.

Kuhn –no muy lejano al concepto platónico–, interpreta a los paradigmas como modelos que pueden estar temporalmente estables dentro de lo que denomina "ciencia normal", empleándolos en el sentido de "...realizaciones científicas univer-

(*) Este trabajo –con algunas modificaciones que consideré pertinente efectuar– fue presentado en el 4º Seminario Internacional de Postgrado sobre Estudios Olímpicos –antigua Olimpia–, Grecia, 1996.



salmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica" (2).

El inconveniente que tal significado traería si quisiéramos aplicarlo a nuestro campo –el social concretamente–, es que lo tomó a partir de los hechos históricos de las denominadas ciencias "duras", ejemplos que no son totalmente transferibles para interpretar los fenómenos sociales. Dentro del fenómeno humano, sucede que las teorías que sirven de paradigmas no se reemplazan unas viejas por otras nuevas para dar lugar al tan pretendido *progreso* de la ciencia, sino que distintas teorías pueden llegar a convivir dentro de una misma sociedad. Más aún, es precisamente esta particular convivencia lo que constituye y caracteriza a las sociedades humanas. Adoptemos –en nuestro caso– el significado de un término que nos permita descifrar algunos de los tan complejos y cambiantes fenómenos humanos. Consideraremos a los paradigmas como "...marcos teórico-metodológicos utilizados...para interpretar fenómenos en el contexto de una determinada sociedad" (3).

Otro término cercano y que completa el rol que cumple el paradigma, es el que empleó Foucault (4) con *episteme*, llamándolo también "campo epistemológico", que funciona dentro de las sociedades como estructura subyacente e inconsciente destacando cómo los objetos son percibidos, agrupados y definidos. La *episteme* constituye el lugar donde queda instalado el ser humano y desde el cual conoce y actúa de acuerdo a las reglas estructuradas por la *episteme*. Es la *episteme* la que en forma subrepticia establece las reglas de juego para que el ser humano *juegue*.

Paradigmas, *episteme*, campo epistemológico son términos que en mayor o en menor medida están en nosotros. Ellos se insertan y luego se manifiestan al dejar su marca cultural en la adquisición de hábitos, valores y costumbres. Su huella también se puede encontrar desde nuestro nacimiento en todo lo referente a las normas respecto de lo que se puede o no hacer. De allí que somos, en mayor o en menor medida, producto y productores de paradigmas y, por ello también, siguiendo a Foucault, sujetos sujetos a determinadas prácticas sociales.

Será el imaginario del contexto socio-cultural con los paradigmas que él mismo entreteje y estructura a través del discurso, el que materializa y deja inscrito en los cuerpos de los sujetos que lo conforman en distintas épocas el sentir, los prejuicios, los valores morales e ideales que les sirven de guía y son reguladores de sus actos. Así el cuerpo, es una especie de radiografía socio-cultural, y los conflictos que el cuerpo expresa y vivencia son –en su mayor parte–, los conflictos vigentes que padece ese contexto socio-cultural.

¿Qué paradigmas estructuraron y estructuran a los sujetos desde la *paideia* griega? ¿Cuáles actuaron y actúan como ideales que se desprenden para ser activados? ¿Qué relaciones existen entre paradigmas, *paideia*, Olimpismo y Juegos Olímpicos?

Jaeger comenta en su conocida *Paideia*, que "la educación no es posible sin que se ofrezca al espíritu una imagen del hombre tal como debe ser" (5). En toda civilización, si existe una determinada y no cualquier imagen de ser humano a la cual se aspira, las actividades necesarias para encarar cualquier empresa educativa se verán facilitadas, ya que dicha imagen actuará como brújula en todo proceso de socialización de los sujetos, tanto en su aspecto formal como no-formal.

En la Grecia clásica, será primero el concepto de *kalokagatia* (de *καλος*, bello, y de *αγατο*, bueno) el que hará de guía en la educación de los nobles. Pero la imagen deontológica que inspira la fuerza educadora de la nobleza a la que alude Jaeger, girará alrededor del concepto de *αρετη* (*areté*: excelencia, mérito, perfección, fuerza, vigor, entre otros significados), al igual que toda la educación griega. Como concepto paradigmático, la *areté* marcaba los rasgos que debía poseer todo aquel que aspirase a ser considerado noble.

La *πολις* (*polis*, ciudad) griega –específicamente la del siglo V a.C.–, quería que el ciudadano fuera bello, bueno y virtuoso, conceptos paradigmáticos que buscaban estructurar un individuo de carácter recto y equilibrado. Y las distintas prácticas sociales fueron generando el discurso que era necesario para que se obtuviera un ciudadano que respondiese a esas características.

El paradigma de lo que debía ser una República, aparece en el discurso dualista-axiológico de Platón orientando la *paideia* y las distintas prácticas sociales a través de la gimnasia para el cuerpo y la música para el alma. Su discurso no fue ajeno a lo que debía ser la educación, él fue el portavoz de un pueblo y contribuyó con su trabajo a establecer un paradigma, a *construir* un tipo de sujeto que fuera equilibrado. La *paideia* contó así con una brújula y los jóvenes tenían en los juegos y la gimnasia, un medio para completar su educación junto a la enseñanza de la lectura, la música, la escritura y otras artes ligadas al enaltecimiento del alma.

Las prácticas sociales engendran dominios de saber que a su vez generan nuevos conceptos y técnicas que constituyen con el tiempo nuevos sujetos. Así es como nuevos sujetos fueron apareciendo, sosteniendo unos un paradigma ligado a la esfera del saber, y otros, a la esfera del hacer, enfrentándose entre sí. Distintos paradigmas comenzaron a convivir dentro de la sociedad griega.



Por su parte, los Juegos Olímpicos sintetizaban paradigmáticamente las actividades llevadas a cabo tanto dentro de las palestras y los gimnasios como fuera de ellos, reflejando el espíritu de la cultura griega. Dioses y humanos se daban cita en tan importante acontecimiento. Los jóvenes atletas se veían favorecidos con la fama por su participación en los Juegos, su renombre en base al entrenamiento y al esfuerzo personal podía conducirlos a la gloria, y con ello, recorrer todos los territorios imaginados. Obtener la corona en los Juegos Olímpicos constituía una de las metas más apreciadas. Un particular y noble espíritu envolvía a Grecia. Los Juegos no eran sino el podio donde se exponía al mundo ese sentir tan especial.

Con el paso del tiempo, otras prácticas sociales tuvieron lugar. La gimnasia y la música no lograban o no pudieron mantener el equilibrio tan buscado, en particular desde la *paideia*. Otros intereses, así como el advenimiento e intercambio con otras civilizaciones y con ello otras culturas –amen de las cuestiones políticas–, comienzan a socavar ese espíritu antes mencionado. Todo lo que representaban los Juegos Olímpicos lentamente se fue tergiversando. El afán de gloria desmedido, el conseguir la victoria por otros medios que no sean los que estipulaban las reglas comenzaron a aparecer. Otros modelos tuvieron lugar conjuntamente con su dominio en las no pocas y complejas relaciones humanas.

También actualmente distintos paradigmas no dejan de intervenir en nuestras prácticas sociales. Y se podría señalar que son básicamente tres los que actúan en las ciencias sociales: el positivista, el materialista-histórico y el interpretativo.

El progreso de las ciencias denominadas “duras” –en especial la Física– que tuvieron su origen en la Edad Moderna con Galileo, F. Bacon y Descartes entre otros, fueron mostrando al mundo sus nuevos descubrimientos, sus predicciones y el control cada vez mayor sobre determinados fenómenos de la naturaleza. El avance y prestigio alcanzado, hizo creer que eran el único modelo a seguir por el resto de las demás ciencias. Augusto Comte lo creyó así y, a fines del siglo pasado y principios de este, formuló no sólo sus principios para establecerlo en las ciencias sociales, sino que también fue el que lo nominó positivista.

Uno de sus continuadores fue Durkheim, que además ayudó a consolidarlo. Consideró a los hechos sociales como cosas, por lo que la tarea a desempeñar por la ciencia consistiría en no ocuparse solamente de observar con cuidado, de describir y clasificar un orden de hechos, sino, además, de encontrar el sesgo por donde resultan científicos, es decir, descubrir en ellos algún elemento objetivo que implique una determinación exacta y, si es posible, su medición, lo que es cuantificable.

Pero a pesar del prestigio del positivismo, otros paradigmas (interpretativo y materialista-histórico), tuvieron lugar. Pensadores como Dilthey, Husserl y luego también, pero con distintos matices, la Escuela de Frankfurt, se opusieron señalando los peligros que puede acarrear la pretendida “naturalización” del mundo social, que por sí sola no explica ni definitiva ni completamente al complejo fenómeno humano.

Dentro de esta corriente –específicamente el interpretativo, que está en vías de consolidarse–, el supuesto básico está dado en la necesidad de *comprender* el sentido de la acción social en el contexto del mundo de la vida y desde la perspectiva de sus participantes.

Cuando Coubertin comienza su ardua tarea en relación al espíritu del Olimpismo y al restablecimiento de los Juegos Olímpicos, se encontraba en pleno entrecruzamiento de paradigmas a fines del siglo XIX. Y Coubertin, voluntaria o involuntariamente, no estuvo ajeno a sus influencias, como tampoco lo estamos nosotros.

En el espíritu del Olimpismo, la trascendencia de los Juegos, el sentido místico de sus símbolos, la valoración por el esfuerzo humano, *lo importante es competir* en el sentido de poder participar, son rasgos del paradigma interpretativo, pero que fuera de este contexto, pueden servir al paradigma positivista cuando solamente lo importante debe pasar por la observación y la medición.

El objeto y sujeto de conocimiento, del mismo modo que la verdad, se construyen y constituyen en función de relaciones de poder, de relaciones entre seres humanos. Un claro ejemplo de ello es que prácticamente toda la tecnología de avanzada relacionada con las prácticas deportivas están puestas para satisfacer cada vez más las exigentes marcas mundiales. Las marcas no dejan de ser un reflejo del poder de la tecnología, y los diversos países que invierten en ellas saben que no es lo mismo ser cabeza de león que cola de ratón a nivel de los deportes. Esto lo saben muy bien todos los países cuando se celebran los Juegos Olímpicos. Parecería que no importara tanto el sentido de un encuentro fraternal entre todos los pueblos del planeta, sino mostrar, como en una vitrina, quien es quien hasta en los Juegos.

Cada vez más observamos que los márgenes del cuerpo humano –que varían de acuerdo a cada disciplina–, comienzan a ser estudiados detenidamente por deportólogos en función de los límites que a nivel fisiológico rigen el esfuerzo. Distintas técnicas y descubrimientos genéticos están siendo utilizados por la ciencia y la tecnología actual a punto tal que los atletas pueden llegar a convertirse en robots de las mismas. Y el interés que existe ocasionalmente por algunos estudios cualitativos –planteados dentro de un paradigma interpretativo–, sólo tienen lugar en función de qué otras causas pueden



estar afectando a un atleta para que no pueda rendir todo lo que se espera de él.

Cuando cualquier paradigma actúa en el campo social descuidando la totalidad del sujeto, los desequilibrios que provoca no se hacen esperar. Y la desconexión entre el espíritu de las ideas –tal como fueron y deberían seguir siendo representados por los símbolos Olímpicos–, conjuntamente con lo que pueden representar los avances científicos, ya había sido detectada por Coubertin, que desde su formación humanística nos puso en guardia, puesto que como sabemos “amaba el cuidado de los símbolos Olímpicos y la conexión de los Juegos con el espíritu y la ciencia; sin lo cual no hubieran sido más que ‘técnica vestida de historia’” (6).

Se pecaría de ingenuidad y constituiría un error seguir “visitando” la historia, desconocer que ese ropaje sirve para alimentar sólo y unilateralmente al paradigma de turno. Toda vestimenta en definitiva sirve para cubrir “las formas”. También quizá sea por ello que cueste tanto aceptar el no ver que no vemos.

Una consecuencia de las influencias de los paradigmas es que en las distintas, importantes y trascendentes apreciaciones teóricas de Coubertin, podemos observar que no supo determinar las implicancias teóricas, o no tenía los elementos para poder hacerlo o siguió la tradición helénica o simplemente consideró como innecesario distinguir entre el espíritu y significado del juego y los del deporte. Porque tal como conocemos actualmente a los Juegos Olímpicos, éstos deberían llamarse Deportes Olímpicos, puesto que en los mismos se llevan a cabo deportes. Somos conscientes que a pesar de su cercanía, ambos términos poseen significados y alcances diferentes, y será el deporte –y no precisamente el juego–, el que mejor responde en su género al paradigma positivista de nuestro siglo.

Comte sostenía como uno de los caracteres principales del espíritu positivo, que la imaginación debe estar subordinada a la observación, a lo que es medible. Y si bien la imaginación no está ausente en el deporte, sabemos que no es esencial al mismo. Pero en el juego –siguiendo la idea expresada por Le Boulch (7)– ¿no es la imaginación el ingrediente principal, el que permite mediante esa función y la actividad creadora de experiencia subjetiva evadirnos de la realidad de corte utilitario? ¿No es el juego una revancha del principio de placer sobre el principio de realidad?

El juego y toda su riqueza dejan lugar, y cada vez más, al deporte. No debemos ni podemos negar la importancia y la trascendencia formativa del deporte. Es más, resultaría poco admisible no coincidir con aquella frase de Coubertin que sostenía que “el mundo nos exige un nuevo hombre; formémosle a través de una nueva educación” (8), que él pregonaba

a través de una “Pédagogie sportive”. Lo que no podemos y no debemos dejar de señalar son algunos aspectos cuya incidencia pueden perjudicar grandemente al verdadero espíritu del mismo.

El deporte, y su práctica como tal, surge históricamente del juego, posee ingredientes del juego, y tan fuerte es este parentesco que cotidianamente se utiliza el término jugar cuando se va a practicar un deporte. Pero cuando lo único que interesa es competir para ganar de cualquier forma, cuando se recurren a técnicas para obstruir al contrario, ya sea tomando drogas, violando reglas, haciendo trampas, etc., el deporte pierde sus orígenes lúdicos y pasa a ser un exponente utilitario al servicio del resultado, la marca y el egoísmo siempre infecundo. Es cuando el deporte adopta más una fisonomía parecida a la guerra que a una leal confrontación entre adversarios circunstanciales. Esto fue posiblemente lo que inspiró a C. Sagan a decir que “los deportes de competición son conflictos simbólicos, levemente disfrazados” (9). En la *paidea* contemporánea asistimos a una cada vez más pronunciada ausencia lúdica en el deporte, también observable en el alto profesionalismo de las élites que convierten el componente lúdico del deporte en un trabajo muchas veces alienador (10).

La imagen paradigmática de los Juegos Olímpicos también se ha visto afectada por intereses que han sido ajenos al componente vital del deporte y al espíritu coubertiano del Olimpismo como paradigmas formativos. Algunos hechos y no palabras así lo testimonian: “los Juegos Olímpicos de 1900 (en París) no fueron, en realidad, más que una parte del programa de espectáculos confeccionado con motivo de la Exposición Universal” (11); Berlín y el nacional-socialismo en 1936; Munich y los atentados terroristas en 1972; Moscú y el boicot de Estados Unidos por la invasión a Afganistán en 1980. Hechos que si bien no impiden el calendario para celebrar los Juegos, siembran sombras en el mundo del deporte.

Quizá uno de los posibles antidotos para rescatar el sentido profundo del Olimpismo coubertiano que los distintos gobiernos podrían y deberían encarar, es trabajar en y desde la educación en general y desde la Educación Física en particular, puesto que son medios prácticamente insuperables –siempre y cuando estén embebidos de formación pedagógica–, para llegar a comprender y profundizar todo lo que acerca del mismo se viene y se sigue realizando.

El riesgo creciente que nos debe llamar a reflexión, especialmente a los educadores, radica en el hecho de que los paradigmas descontextualizados están ingresando poco a poco a las escuelas. De ello dan testimonio las clases de Educación Física –que en su generalidad son similares en



muchos países–, en las que se pasa con excesiva rapidez a la técnica y a la asistencia tecnológica en el deporte. Ya casi no se *juega*, la técnica y la tecnología no permiten *la pérdida de tiempo en juegos*, sino su explotado aprovechamiento en pos de la cuantificación y la competición deportiva. El nuevo paradigma exige eficiencia, y el aprender jugando –ya mencionado y propuesto por Platón (12)–, parece alejarse cada vez más.

Recordemos que las ideas del Olimpismo y el real alcance de los deportes que en su momento pregonó Coubertin no estuvieron libres de impedimentos. ¿Qué nos garantiza que visualizar y tomar las banderas adecuadas del Olimpismo en nuestro tiempo estarán exentas de piedras? Que haya piedras podremos admitirlo, pero ser ingenuos creo que no, aunque en las empresas humanas nunca hay garantías absolutas, somos impredecibles, mal que le pese al positivismo.

El convivir con paradigmas que se presentan como los únicos con poder de verdad –ampliando la frase de Coubertin–, tiene sus pormenores, y no conocerlos o permanecer indiferentes frente a ellos, puede acarrear serios riesgos. Sin embargo, considerar que el intentar conocerlos puede traer aparejado el placer de poder anticiparnos a consecuencias no deseadas para las generaciones futuras, no deja de ser un desafío y una alternativa humanística más que significativos.

Notas

- (1) W. DILTHEY (1960) *La esencia de la filosofía*, Ed. Losada, Bs. As.
- (2) T. KUHN, (1992) *La estructura de las revoluciones científicas*, Ed. F.C.E., Bs.As., Prefacio.
- (3) I. VASILASCHIS DE GIALDINO (1992) *Métodos Cualitativos I*, Ed. Centro Editor de América Latina, Bs.As., Tesis N° 2.

- (4) M. FOUCAULT (1969) "Las palabras y las cosas", Ed. Siglo XXI, México, 2a. ed., en especial, el capítulo décimo *Las ciencias humanas*.
- (5) W. JAEGER (1980) *Paideia*, Ed. F.C.E., México, 5a. ed., *Introducción-Nobleza y "Areté"*.
- (6) C. DIEM (1966) *Historia de los deportes*, Ed. Caralt, Barcelona, Volumen II.
- (7) J. LE BOULCH (1985) *Hacia una ciencia del movimiento humano*, Ed. Paidós, Bs.As., 2a. reimpresión, Capítulo II, *La dimensión humana del juego*.
- (8) C. DIEM op.cit.
- (9) C. SAGAN (1988) *Cómo nació el deporte*, artículo aparecido en la Revista Muy Interesante, Bs.As., pp. 31 a 34.
- (10) M. BERNARD (1985) *El cuerpo*, Ed. Paidós, Buenos Aires, *Introducción*.
- (11) C. DIEM op.cit.
- (12) PLATÓN (1963) *República*, Ed. Eudeba, Bs.As., (Libro VII, 537a).

Bibliografía

- BERGER, P., LUCKMANN, T. (1994) *La construcción social de la realidad*, Ed. Amorrortu, Bs.As., 12a. ed.
- DESIATO, M. (1995) *Cuerpo y cultura en Friedrich Nietzsche*, en *Perspectivas Nietzscheanas*, Año IV, N° 4, Ed. Irala, Bs. As.
- DÍAZ, E. (1996) *La ciencia y el imaginario social*, Ed. Biblos, Bs.As.
- DURÁNTEZ, C. (1996) *Pierre de Coubertin y la filosofía del olimpismo*, Ed. Comité Olímpico Español-Academia Olímpica Española.
- HABERMAS, J. (1984) *Ciencia y técnica como ideología*, Ed. Tecnos, Madrid.
- SCHNITMAN, D.F. et al. (1995) *Nuevos paradigmas, Cultura y Subjetividad*, Ed. Paidós, Bs.As., 1a. reimpresión.
- SCHOEBEL, H. (1968) *Olimpia y sus juegos*, Ed. UTEHA, México.